

Muestra Nacional de Teatro, CDMX, 2018

Enrique Mijares Verdín

Itinerante por la naturaleza que le imprimió su creador, José Solé, la Muestra Nacional de Teatro finalmente llegó a la Ciudad de México tras 39 emisiones que iniciaron en 1978 (ha habido dos cancelaciones: 1985 a causa del sismo y 1989 por cuestiones presupuestales). Ya se había celebrado once ocasiones en Monterrey, cuatro en San Luis Potosí, tres en Aguascalientes, dos veces en León, Guadalajara, Tijuana, Morelia y Xalapa, y una vez en Durango, Campeche, Culiacán, Ciudad Juárez, Zacatecas, Pachuca, Mérida, Villa Hermosa, Acapulco y Veracruz, lo que deja trece estados sin ninguna muestra todavía. La Ciudad de México debiera ser sede natural para la realización anual de la Muestra. Dada la estratificada distribución de recursos y de prestigio que privan en la realidad centralista mexicana para los grupos que hacen teatro bajo condiciones asimétricas en las entidades federativas del interior o provincia, presentarse en la capital del país significa visitar la Meca en la que convergen las aspiraciones artísticas y de la que no siempre irradian los medios para llevarlas a cabo.

Tal es el espíritu que prevalece en la MNT 2018. De las 33 obras que figuran en la programación, 3 son invitadas, 5 corresponden a las ganadoras de las muestras regionales y 25 son seleccionadas por la Dirección Artística. De estas últimas solo cinco son de Ciudad de México, en tanto que las 20 restantes proceden de igual número de estados en el país. Una de las 5 ganadoras en las muestras regionales representa a un estado distinto, San Luis Potosí, con lo que aumenta a 21 la cifra de las entidades representadas en la justa nacional. Esto es algo que no se veía desde aquellos lejanos tiempos en que se pedía que las autoridades culturales enviaran un representante por cada entidad federativa.

El énfasis es de absoluto entusiasmo. Gracias a que en este caso los miembros de la Dirección Artística de la Muestra acordaron “trabajar prio-

ritariamente en beneficio del teatro proveniente de los estados”, se llega a una proporción inédita en el evento artístico anual: 80% si nos referimos a la selección de la Muestra propiamente dicha, o el 75% del total programado, porcentajes que en las anteriores versiones invertían los términos, dejando muy escasamente representada a la provincia, en tanto que el entonces llamado DF acaparaba mayoritariamente la cartelera.

Ya en el ámbito artístico, aunque con tintes todavía estadísticos, he de referirme a dos efemérides. Una, que se inaugura en esta ocasión pero que expresa su intensión de continuidad— el Premio Álvaro Custodio a la Dirección de Escena Teatral 2018—, que por méritos sobrados e incuestionables recibe Luis de Tavira. Otra, que se ha vuelto tradicional—la entrega anual de la Medalla Xavier Villaurrutia, galardón creado para reconocer la labor de creación y de promoción del teatro de provincia—, que se otorga por primera vez en la Muestra de Morelia 2003 y que quince años y 24 galardonados después queda en manos de Raquel Araujo y, ‘por añadidura’ (como rezan las sagradas escrituras), las de Óscar Urrutia y del grupo La Rendija que ambos encabezan.



Raquel Araujo y Enrique Mijares con la Medalla Xavier Villaurrutia, recibida por Araujo en 2018 y por Mijares en 2003. Fotografía: José Jorge Carreón.

Coincide en el tema Raquel, Óscar y Rendija con la espectacular puesta en escena de *Amor es más laberinto*, texto de Sor Juana y de Juan de Guevara, que si bien es una de las tres obras invitadas y cuenta con coproducción de la Compañía Nacional de Teatro, incluye (menos dos actrices de la CNT) una casi absoluta participación de creadores originarios y residentes en Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Tabasco, Campeche y Veracruz.

El resultado, merced al probado capital creativo que La Rendija ha acrisolado a lo largo de 30 años de fructífera actividad, no podría ser sino de excelencia hipercultural. Se conjugan el mito cretense del Minotauro, el verso barroco del siglo áureo y las equivocaciones shakesperianas de *Romeo y Julieta* y *Sueño de una noche de verano* con el despliegue estético del vestuario súper fashion y originales antifaces, el ambiente de imágenes digitalizadas, la musicalización original y el dispositivo compuesto de módulos rodantes, virtuales carretas del corral de comedias, unas veces escenarios minimalistas y otras pasadizos del laberinto aludido. Fue una deliciosa experiencia teatral que también hay que agradecer a Enrique Singer, director artístico de la Compañía Nacional de Teatro en esta segunda coproducción (la anterior fue en la MNT León 2017), a la que sin duda han de seguir proyectos compartidos con prestigiados grupos de provincia (por ejemplo, TATUAS de Sinaloa, la Compañía de la Universidad Veracruzana y la Compañía Estatal de Nayarit, la que estuvo muchos años bajo la dirección del inolvidable Rodolfo Amezcua y que recientemente ha quedado encomendada a Alonso Apolinar).



Amor es más laberinto. Indra Ordaz. Fotografía: Raúl Kigra.

Como ha ocurrido en las 38 emisiones anteriores, la Muestra da *muestra* y *demuestra* la diversidad de facturas que florecen en el territorio mexicano, donde, a excepción de las producciones que cuentan con apoyo profesional por formación local, probada trayectoria, programas de apoyos o visita de creadores (*La extinta variedad del mundo*, *Por favor cierra la puerta*, *Respira y chuta*, *El gran inquisidor*, *Ciudad de tres espejos*, *La mujer niña no recuerda*), la mayoría suple las carencias técnicas y conceptuales con fervor intuitivo (*Andares*, *La casa de las amapolas*, *Llanero*) que no en pocas ocasiones conquista lo excepcional (*Ricardo III*, *Bala'na*).

Del primer grupo me hubiera gustado ver la función inaugural de *La extinta variedad del mundo*, el más reciente montaje de Alberto Villarreal con la compañía de la Universidad Veracruzana. Pero no llegué a tiempo a causa de una de las constantes demoras debidas a una ineficaz logística e insuficiente personal operativo y no a una ficticia saturación del aeropuerto Benito Juárez como quieren hacer ver las líneas aéreas y los empresarios interesados en la construcción de un nuevo aeropuerto en Texcoco. Lo que sí puedo relatar es que cuando le pregunté a uno de los invitados de alto rango—que se encargaba de repetir ‘me perdí’, refiriéndose sin duda al cúmulo de signos que suele emplear este director en sus montajes—si había visto *Memorial* o *El lado B de la materia*, me contestó afirmativamente, enumerando una suma de elogios para Alberto Villarreal, lo que me dio a entender que esa persona no había leído el programa ni se había percatado de que se trataba del mismo director y se imaginó que solo era algún desconocido de provincia con ínfulas.

Respira y chuta (*mi vida en fuera de lugar*) y *El gran inquisidor* resultaron una grata sorpresa. La primera, representando a Michoacán, es un atractivo, ágil y aleccionador teatro escolar, características que no suelen estar presentes en este programa nacional que busca iniciar a los niños y jóvenes en el gusto por las artes escénicas y que a menudo consigue vacunarlos en contra. A fuerza de ser riguroso, señalo el carácter enunciativo en la toma de decisiones de la protagonista. Se trata de una peculiaridad generalizada en las obras que componen la programación de la Muestra; casi siempre se omiten los elementos de análisis que deberían sustentar el proceso creativo. En este caso y en sentido contrario al propósito inicial del director, quien dice haber querido enviar al público una señal latina a ritmo de bachata, el uso de instrumentos de percusión tipo banda colegial norteamericana para enfatizar la cantaleta derrotista “jugamos como nunca y perdimos como siempre”, hace que el mensaje musical oriente a los espectadores hacia un paradigma cultural anglosajón.



Respira y chuta (mi vida en fuera de lugar). Verónica Villicaña. Fotografía: Raúl Kigra.

Planteado como homenaje a Sergio García—director recientemente fallecido que es punto de referencia histórica del teatro regiomontano—, el montaje de Nuevo León, *El gran inquisidor*, debe su factura al talento de sus protagonistas, quienes tras un par de lecturas de mesa con García, adaptador del texto de Dostoyevsky, deciden elaborar de forma colectiva el concepto de puesta en escena, diseñar el dispositivo escénico y abordar por turnos rotativos los tres caracteres de la pieza. Es un agotador *tour de force* que permite superar el canon binario original y relativizar las capacidades ideológicas de los seres humanos, susceptibles a las modificaciones del pensamiento en función de las circunstancias que, entre otras lecciones, muestran que estamos habitados por una serie de pertenencias que se manifiestan de forma diversa. El ejercicio sirve de manera señalada al lucimiento actoral de los tres participantes, en especial de Antonio Cravioto y su excepcional registro histriónico.

Andares, *La casa de las amapolas* y *Llanero* hacen concebir fundadas esperanzas en el futuro del teatro nacional, entendido este como el que se hace en y desde la periferia. *Andares* y *Llanero* son expresiones bio-dramáticas. La primera en sentido estricto puesto que los protagonistas pertenecen a pueblos originarios: maya, zapoteca y huichol. De ahí una representatividad



El gran inquisidor. Cravioto. Fotografía: Raúl Kigra.



Andares. Josue Maychi, Kevin Leyva y Alexis Orozco. Fotografía: Raúl Kigra.

múltiple—Campeche, Chiapas, Morelos y Oaxaca—que hace presentes tanto las problemáticas individuales y colectivas relacionadas con sus culturas y cosmogonías ancestrales como las fricciones sociales que cada uno enfrenta respecto a la comunidad amplia, ajena e irreconciliable en la que vive.

Llanero, de Puebla, documenta la investigación de campo que realizan dos actores dispuestos a vivir la experiencia futbolística en los campos de tierra de un arrabal poblano para trasladarla al escenario. No siento empacho en



Llanero. Francisco Vidal y Daniel Santa María. Fotografía: Raúl Kigra.

aseverar que el resultado, como suele ocurrir en toda exploración sociológica, trasciende lo previsto, ya que consigue poner en perspectiva la estratificación social, las políticas públicas asimétricas y la cruenta realidad de violencia, masacres y desapariciones que tienen convertido el territorio mexicano en un cementerio total, inerme y desolado.

Procedente de Nayarit, *La casa de las amapolas*, minuciosamente escrita, dirigida y actuada por Eunice de la Cruz, se ocupa de un asunto de alto relieve, la trata de personas y sus repercusiones; seducción de reclutamiento, secuestro, esclavitud sexual y desaparición forzada son de suma gravedad no únicamente en nuestro país, sino en el mundo. La factura es impecable; prescinde de la crueldad gráfica y explícita en la representación simbólica de la violencia y la muerte. La imagen de un enorme lienzo rojo que es desgarrado a lances de machete, por ejemplo, apela a la capacidad asociativa del espectador.

Ricardo III y *Bala'na* son expresiones extremas de arte brutal, telúrico, instintivo, producto de la pura intuición y del talento espontáneo. *Bala'na*, unipersonal de Teatro Alternativo de Dixhaza de Oaxaca, obra ganadora de la Muestra Regional del centro del país, tiene como autor y protagonista a Alexis Orozco. Con arrojo y audacia Orozco vierte en escena el resultado de una investigación de campo sobre la prostitución ejercida por una madrota que muere de SIDA y de su pupilo y heredero. Este es un homosexual atrapado en el juego de una doble vida frente a su familia que permanece en el pueblo



La casa de las amapolas. Humberto Rochez y Eunice de la Cruz. Fotografía: Raúl Kigra.



Bala'na. Alexis Orozco. Fotografía: Raúl Kigra.

y a la que ayuda emocional y económicamente. El momento culminante de la obra ocurre cuando el protagonista lanza al público la inquietante pregunta “¿Usted qué le diría a un familiar, hermano o hijo, quien le revela que es homosexual?” La falta de respuesta es sintomática de la discriminación y el repudio que prevalecen flotando en el binario, excluyente, parcial, maniqueo imaginario social de hoy.

Ricardo III, de la Compañía de Teatro Penitenciario, está conformada por actores que están o estuvieron internos en Santa Martha Acatitla, es decir, personas a quienes se ha considerado responsables de algún crimen de acuerdo a una instrucción judicial, a diferencia de una multitud de delincuentes cuyo cuello blanco los exime de aprehensión, juicio o condena.

El espectáculo toma de Shakespeare la síntesis argumental: el gobernante sátrapa, despótico, cruel, como eje paródico del sistema político mexicano, donde los dirigentes nacionales, todos ellos acuciados de una incapacidad o deformación física (aunque no se excluye la mental) de la cual han sido medianamente rehabilitados, son sucesivamente coronados, destituidos y exiliados a causa del endeble y falso programa de gobierno que exponen como pretendientes al trono. Y así, hasta trece candidatos (podrían ser más si hubiera más actores en el reparto), hasta que solo queda José Luis Padilla, quien se revela como estupendo actor interpretando a Richi, el fiel perro, el



Ricardo III. José Luis Padilla. Fotografía: Raúl Kigra.

que, para sorpresa de algunos, también es ‘elevado’ al poder. Al terminar la interpretación canina, Padilla se yergue en toda su corpulencia, mostrando una extraordinaria presencia escénica y un encomiable desempeño actoral. No cabe duda que el arte es un vehículo transformador del carácter. Un respiro de libertad tanto para intérpretes como para espectadores.

Universidad Juárez de Durango, México